

**EL ÚLTIMO
VIAJE DE
MIRANDA
GREY**

V PREMIO DE NOVELA



POLICÍA NACIONAL

GREGORIO LEÓN

EL ÚLTIMO
VIAJE DE
MIRANDA
GREY

algaida



La novela *El último viaje de Miranda Grey*, de Gregorio León, resultó ganadora del V Premio de Novela Policía Nacional. El jurado tuvo como presidente al comisario principal José Manuel Pérez Pérez y estuvo compuesto por Espido Freire, José Ángel Mañas, Lorenzo Silva, el comisario Luis Esteban y el inspector jefe Carlos Sánchez, actuando como secretario Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, de Algaida Editores.



**Fundación
Unicaja**

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2022

© Gregorio León, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-788-0
Depósito legal: SE. 2027-2022
Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mi familia, que me presentó a Julio Verne.
Y a Ella, que me susurra todas estas historias,
después de pintarse los labios.*

EN MENOS DE UN MINUTO, CASTELLBLANC, QUE A NADIE LE IMPORTABA, se convirtió en *trending topic*. Era un pueblo costero al que no iban ni los turistas. Lo único que atraía a los forasteros era un club de alterne, cuyas parpadeantes luces violetas y verdes ya estaban encendidas.

A esa hora un hombre escrutaba la laguna de sal a través de sus prismáticos. Se sentía privilegiado por asistir cada tarde al prodigio de una puesta de sol que no había encontrado en ninguno de sus muchos viajes por el mundo. Es curioso, pero cada día aquel humedal ofrecía un matiz diferente, y sus aguas se teñían de un rosa chicle que podía evolucionar hacia el fucsia, con pigmentaciones siempre nuevas.

A la derecha, junto a un inmenso cartel con el nombre de Salinas Salazar, se erigían inmensas columnas de sal, que parecían pirámides egipcias. El último sol del día resbalaba por su superficie triangular.

Detuvo la mirada en un sillón de mimbre, que permanecía clavado en el fondo. ¿Quién lo habría dejado abandonado ahí? Los flamencos pasaban a su lado, con aire indiferente.

El horizonte era un derroche de sangre del que se iba descolgando el sol, decidido a hundirse en las aguas de la laguna. Un aguilucho cenizo sobrevoló el cielo. El hombre nunca podría agradecer

a *National Geographic* haberlo mandado a aquel rincón bañado por el Mediterráneo, inexplicablemente olvidado. Sí, se sentía muy afortunado. Estaba convencido de que iba a hacer su mejor reportaje. Quizá hasta le dieran un premio por él. Igual por las fotos que estaba haciendo justo esa tarde. No era fácil cazar a los flamencos en pleno cortejo nupcial. Pero ahí los tenía, delante de su cámara, estirando el cuello, batiendo las alas después de extenderlas, entregados a rápidos movimientos laterales de la cabeza. El ritual se ejecutaba con perfecta sincronía y elegancia. El ornitólogo no paró de hacer disparos. Luego escuchó a los flamencos haciendo castañear sus picos, antes de colocar el cuello en garfio. Las hembras aguardaban, expectantes.

De pronto notó algo extraño. Los flamencos empezaron a graznar al unísono, rompiendo la quietud del atardecer. El galanteo se había quebrado, abruptamente. El hombre conocía a la perfección sus costumbres después de examinarlas durante los últimos tres meses, y los veía moverse con su aire desgarbado cuando acechaban algún peligro. Pero ahora no. Huían de la laguna, con urgencia. Vio a través de los prismáticos cómo su superficie se agitaba, las aguas víctimas de un temblor trémulo. Los flamencos volaron en desbandada. Sus graznidos se hicieron más fuertes. Y lo siguiente que escuchó fue el sonido como de un árbol al rajarse, seguido de un estruendo. Y todo, la laguna rosácea, las cintas transportadoras de sal, las garberas, las máquinas volvedoras, la tierra que pisaba... todo empezó a moverse con grandes sacudidas.

El terremoto acababa de empezar.

DANIEL HABÍA DORMIDO MUY MAL. LLEGÓ A CASTELLBLANC CASI DE madrugada, y durante el viaje había visto varias veces las imágenes trágicas que no paraban de repetir los informativos de televisión. Y se le había metido en la cabeza sobre todo una, la de un niño, su cuerpo despanzurrado sobre la acera, la imagen que aparecía al día siguiente en todas las portadas, su cuerpo inerte, una mujer descubriéndolo con ojos aterrados, un perrillo intentando reanimarlo con sus lametones ya inútiles, un agente de la policía dando órdenes urgentes a través del *walkie*. Un periódico local, *La Gaceta*, la había publicado con una doble página a modo de portada, como una sábana. Daniel estuvo a punto de comprar un ejemplar, pero finalmente lo descartó.

Por la noche ya había podido apreciar los estragos del terremoto. Pero a la luz del día eran todavía mayores. Fachadas enteras se habían venido abajo, dejando al desnudo la intimidad de sus inquilinos, como si fueran casitas de muñecas. Muchos vehículos habían sido aplastados por paños enteros de fachadas, parapetos y cascotes. Hasta la torre de la iglesia había sido incapaz de aguantar los embates del ataque. Por fortuna ningún feligrés fue alcanzado por los cascotes que se desprendieron del techo. El párroco se libró de milagro. Al buen hombre lo habían visto con los hábitos embadurnados de polvo.

«Aquí hay mucho trabajo por hacer. Muchísimo» se dijo Daniel, que se detuvo delante de una construcción, la primera que debía examinar esa mañana. Tenía tres pisos, sobresaliendo por encima de las demás, incongruente en aquel paisaje más bien chato. Tocó el timbre. Se identificó. Después de casi un minuto, le abrieron.

La casa era tan grande que incluso tenía ascensor, aunque había quedado inutilizado. Usó las escaleras, tanteando cada tramo con sumo cuidado. Desde hacía varios días notaba unas molestias en la rodilla. Su médico le había dicho, después de examinarla, que no se preocupara, que era solo una condromalacia rotuliana, que no tenía nada roto, y que una vez bajara la inflamación del cartílago que hay entre rótula y fémur, las molestias desaparecerían. Pero él no se fiaba de ese diagnóstico. Algo no iba bien en su rodilla. Y ahora la obligaba a subir por aquellas escaleras inestables, maldita sea. Había algunas piezas desprendidas. Arriba le esperaba una mujer. Llevaba los ojos pintados de un azul que parecía turquesa. A su lado ladraba un *yorkshire*.

—Adelante.

—Disculpe que le moleste, pero pertenezco al grupo de peritaje al que le han asignado la tarea de evaluar el terremoto, y debo examinar el interior de cada vivienda.

—¿Para qué?

—Debemos clasificar las viviendas entre las habitables y las no habitables, señalándolas con un círculo rojo o amarillo. Debemos evaluar el comportamiento sismorresistente de cada vivienda. El movimiento sísmico ha sido de tal intensidad que pueden producirse nuevos derrumbes y desprendimientos. Por eso es preceptivo hacer un examen detenido, a fin de preservar la integridad y salud de todos ustedes.

El *yorkshire* no parecía de acuerdo con aquella intromisión. No paraba de manifestarse, con ladridos agudos. Su dueña tampoco parecía muy complacida por la visita.

—¿Perito me ha dicho?

—Exactamente perito ingeniero de ingeniería geotécnica. Aquí puede ver mi carné profesional.

Daniel sacó del bolsillo su acreditación. Eso pareció vencer las reticencias de la mujer.

—Como usted vea.

Daniel abrió la carpeta que llevaba consigo, y empezó a anotar en ella, describiendo el estado de la vivienda. Detectó una resquebrajadura que culebreaba por la pared principal del salón. El techo, sin embargo, se había mantenido intacto. A la mujer se le veía nerviosa. Jugaba con la cadena del reloj que llevaba en una muñeca. Parecía caro. Igual que su vestimenta. Un *blazer* de lana negro y unos pantalones anchos verde oliva. Los botines, de terciopelo. A aquella mujer le gustaba cuidar todos los detalles.

El perito sacó su teléfono móvil y se puso a hacer algunas fotos del salón. Había anaqueles llenos de libros.

—¿Qué hace? —saltó la mujer, extrañada.

—Disculpe, pero debo adjuntar al informe escrito imágenes fotográficas que sirvan de prueba del estado de la vivienda. Es lo que me exigen desde la central, lo siento.

—Ya.

—Será un segundo.

La mujer vio cómo Daniel hacía varias fotos, desde diferentes ángulos. Una sirena aulló, con un sonido que se hizo cada vez más fuerte, y que tardó en apagarse. Las ambulancias iban de un lado para otro.

—¿Todo bien? —preguntó, inquieta.

—Parece que los daños han sido superficiales, que no tienen naturaleza estructural. Los pilares se ve que han aguantado correctamente.

—Esta es una casa que se construyó bien.

El tictac de un reloj de pared punteaba la conversación.

—¿Me permite ver las habitaciones interiores?

—Sí, es su trabajo.

Daniel se internó por un largo pasillo, que conducía a varios dormitorios y a un despacho. Era inmenso. Le llamó la atención que dentro de él había un piano, arrumbado, lleno de polvo. A él le habría gustado tener una casa así tan grande, con tantos metros. Y a

prueba de terremotos, tras confirmar que tampoco esas habitaciones interiores se habían visto afectadas. Pero con el sueldo de Adela y el suyo eso sería imposible, una quimera.

—¿Me puede hacer el favor de firmar aquí? —le pidió.

—¿Qué es?

—Un documento que acredita que usted es la ocupante de esta vivienda.

Daniel le alargó el bolígrafo, que ella cogió, con recelo.

—¿Aquí?

—Sí, ponga su nombre y firme aquí, por favor.

Y mientras la mujer escribía su nombre, Valentina Reyes Gámez, y garrapateaba su firma, Daniel dedicó una última mirada a aquel salón que él nunca se podría permitir. Y entonces reparó en una imagen. Era tan grande y espacioso que le había pasado inadvertida. Sobre la repisa de la chimenea descansaba una foto enmarcada. En ella aparecía una joven de pelo largo, rubio, tan rubio que parecía blanco, con rasgos nórdicos («¿o quizá americanos?», se preguntó Daniel). Ofrecía una sonrisa tímida que dejaba al descubierto sus dientes muy blancos, las dos palas delanteras un poco asimétricas, lo que le daba a la boca un encanto especial, con un toque pícaro o sensual, subrayado por el labio superior, que formaba un perfecto arco de Cupido. De su vestimenta, a Daniel le llamaron la atención sus Converse de color azul turquesa, haciendo compañía a unos pantalones vaqueros y una blusa de color oscuro.

La mujer se dio cuenta de que Daniel tenía los ojos clavados en la foto.

—Es mi hija. Por fortuna, ella está a salvo. Se encuentra estudiando en Estados Unidos. Aunque ya anoche hablé con ella, para tranquilizarla y para decirle que su mamá estaba bien.

—Es muy guapa —atinó a responder Daniel.

—Mi Miranda salió a su madre.

—Desde luego que sí.

—¿Ha acabado ya?

—Bueno, si acaso voy a hacer alguna foto más. En la central siempre me insisten en que las mande con la mayor nitidez posible,

y prefiero que tengan de sobra a que me digan que no tienen calidad y verme obligado a molestarla de nuevo.

Daniel volvió a sacar su teléfono móvil. Hizo varios disparos.

—Ahora sí, todo perfecto. Tengo fotos de sobra. Y podré colocar un círculo amarillo en la fachada, para declarar habitable la vivienda. Es verdad que hay fisuras profundas, pero susceptibles de ser rellenadas con resinas de formulación, capaces de restablecer la continuidad mecánica, o sea, transmitir tensiones a través de la propia fisura.

—No le entiendo.

—Lo único que debe entender es que puede quedarse en casa. Muchas gracias, señora.

Daniel evaluó dos edificios más, comprobando desalentado que no todo en Castellblanc estaba tan bien hecho como la casa de Valentina. A pesar de las protestas de sus ocupantes, no tuvo más remedio que pintar con el espray un círculo rojo en los dos últimos. Vivienda inhabitable.

Su mente volvió a la imagen que había descubierto en la casa de la mujer. Él solo había conocido una chica tan guapa. Una chica que le gustaba como ninguna otra le había gustado hasta ese momento. Tanto que él le pidió matrimonio. Luego, ella se quitó la vida. Se llamaba Carol. Y era su hermana.

ERA TAN TEMPRANO QUE DANIEL SE VEÍA OBLIGADO A CAMINAR CON mil cautelas, evitando tropezarse con piedras desprendidas. Solo le faltaba a su maltrecha rodilla una caída para terminar de fastidiarla. Se veía a sí mismo escayolado, con la rótula hecha cisco. Debía cuidarse. Las luces de los generadores eléctricos dibujaban un paisaje espectral de cordilleras de escombros y siluetas quebradas de edificios. Vio una placa tirada en el suelo, desprendida de una fachada. Avenida de la Salud, leyó. Le pareció una burla. Aún no había cesado el ruido de ambulancias acarreando heridos.

A esa hora debería estar durmiendo. Si podía, evitaba madrugar, y por el contrario, no le importaba quedarse revisando o examinando documentos hasta muy tarde. El silencio era muy productivo. Le cundía mucho después de que Adela se abandonara al sueño. Anoche se le pasó llamarla. Se anotó mentalmente esa tarea.

Vio un bar abierto. El Momo, ponía en un rótulo. A su lado aparecía un cartel verdoso con el nombre de una cerveza. Estrella de Levante, leyó. Decidió entrar.

—Es usted el primer cliente. ¿Qué le pongo?

—Una tostada entera de mantequilla. Y un solo, por favor.

—Marchando —respondió el camarero, antes de darse la vuelta y acercarse a la tostadora, silbando.

Una mujer, de aspecto más bien hombruno, tirando a fea, escribía frenéticamente en su teléfono móvil. Por un momento sus miradas se encontraron, pero ella siguió a lo suyo, dándole a las teclas con inverosímil velocidad. Una televisión, colgada en una esquina, repetía las imágenes de devastación a que había quedado reducido Castellblanc. En una de ellas apareció un vecino practicando un masaje cardiaco a una mujer que estaba desplomada sobre el asfalto. Luego aparecía su testimonio, entre lágrimas. Al parecer, no había podido hacer nada para salvar su vida.

—Ahí tiene sus tostadas. Ah, y luego a mediodía tiene menú, por si le interesa. Y hasta le puedo preparar una dorada a la sal, con un suplemento de cuatro euros.

—Muchas gracias.

—Por cierto, me llamo Chacón. Para servirle.

Daniel untó trabajosamente la mantequilla, un poco helada, sobre las tostadas. Aguardó a que el calor que irradiaba el pan la derritiera. Y aprovechó para revisar las fotos que había hecho en la casa de Valentina. Se detuvo en la de Miranda. ¿Ese es el nombre que había usado su madre cuando hablaron de ella, verdad? La amplió.

El camarero pasó a su lado y le dejó la taza de café.

—¿Usted es nuevo, verdad?

—¿Perdón?

—Sí, sí... aquí nos conocemos todos. Y ha venido gente nueva. ¿Es periodista, no?

Daniel lo miró con extrañeza. ¿Acaso tenía pinta de reportero?, se preguntó, sin atreverse todavía a morder la tostada.

—No, soy perito. Me dedico a clasificar los edificios que se han visto afectados por el evento sísmico.

El camarero lo miró con extrañeza. Como si dudara de sus palabras. No, no, seguro que era periodista, a él no era fácil engañarlo.

—Está el pueblo hecho bicarbonato. Ya está viendo las imágenes de la televisión. Pero si hasta me han dicho que no se ha salvado ni la casa de Valentina. Y eso que dijo Andrade, su marido, que

estaba hecha a prueba de bombas. Pobrecilla. ¡Cómo cambia la vida! La pobre lo debe estar pasando mal. Primero lo de su hija. Y ahora, esto...

Chacón dirigió una mirada a la televisión. Una redactora sujeta con fuerza un micrófono, con un fondo de escombros detrás.

—Fíjese en la presentadora, esa tan famosa y tan guapa. ¿No la ha visto por el pueblo? Un día también será vieja y achacosa. Pero mientras tanto ¿a que da gusto verla?

—Sí —le respondió Daniel, sin mucha convicción, rumiando sus propios pensamientos.

Desde la esquina, la mujer fea ahora hacía que escribía en el móvil, pero en realidad estaba pendiente de la conversación que se producía en la barra.

—¿Es verdad que no se ha salvado ni la casa de Valentina? Ya sé lo que se dice en el pueblo, pero a mí la vieja esa me da pena... Sobre todo, después de lo que le pasó a su hija.

—¿Qué le pasó?

—Uy, ¿no se lo han contado?

Daniel vio cómo el camarero movía los labios, pero no pudo captar lo que le decía. Se lo impidió el sonido de la cafetera, invadiéndolo todo.

—Disculpe, no le he podido oír.

—Pues que se quitó de en medio.

Daniel compuso un gesto de sorpresa. El camarero se le acercó al oído y bajó la voz.

—Hay que tener mucho valor para hacer lo que esa niña hizo. Dios sabe lo que tendría la muchacha en la cabeza para hacer lo que hizo. La vida es una cosa muy rara. ¿No le parece? —le dijo, casi en un susurro.

La chica fea dirigió los ojos a los dos hombres. ¿Estarían hablando de ella?, se preguntó.

Daniel se quedó mirando la tostada, ya empapada con el aceite de la mantequilla, sin terminar de morderla, cavilando sobre lo que acababa de escuchar. ¿Se había suicidado esa chica que había visto en la foto, tan llena de vida como parecía?

—Y ahora, para rematarnos a todos, el terremoto. Aunque le diré una cosa. Lo mejor de lo que nos ha pasado, dentro de la desgracia, por supuesto, es la cantidad de gente que ha venido aquí. De todos los sitios. Tantos periodistas. Tantos curiosos. Que parecía que estuviéramos abandonados. Claro que me da pena por la gente que ha perdido sus casas, pero nunca había habido tantos clientes. ¡A ver si salgo de pobre! No hay mal que por bien no venga...

Daniel le lanzó una mirada de desdén. El pan de la tostada era inmejorable. Pero empezaba a cargarle la cháchara del camarero, ese parloteo continuado que le impedía concentrarse en sus pensamientos, sus silbidos a modo de canturreo, como si hubiera algo que celebrar en el pueblo.

—Si es que no es fácil tener suerte en la vida. Mírame a mí, pobre como una rata. Sin un chavo. Pa' los gastos. Viviendo en un piso pequeño, vamos, como la casa del perro. Y cómo de caprichosa es la naturaleza, que me lo deja vivo, y se ceba con el de Valentina. ¿Usted ha estado en él, verdad? Bueno, eso no es un piso, ¡es una mansión! Decían que era muy lujosa. Que incluso había obras de arte. Relojes. Cuadros caros. ¿Es verdad? Eso decía la gente.

La entrada de un tercer cliente hizo que el camarero se callara. El bar se fue poblando poco a poco de voces y ruidos. Los primeros rayos del sol aparecían tímidos.

Daniel dejó pasear su mirada por el bar. La chica fea de la esquina seguía a lo suyo, tecleando en su móvil, aparentemente abstraída de todo. Por un momento ella levantó la vista de la pantalla de su teléfono, y sus miradas se cruzaron.

Él pidió la cuenta. El camarero le cantó que dos euros cincuenta, y cuando fue a recogerlos, le colocó al perito delante su teléfono, y le señaló una información.

—¿Eso es verdad? —le preguntó, poniéndole delante de las narices el móvil. En la pantalla aparecía un tuit.

«Habrá otro terremoto, que destruirá por completo Castellblanc».

Daniel leyó la noticia, resumida en doscientos ochenta caracteres. A su lado, plantado como una estaca, haciendo oídos sordos a

las reclamaciones de otros clientes, Chacón esperaba impaciente el veredicto.

—Es posible que haya réplicas, pero de más baja intensidad, réplicas que tienen por objeto liberar la energía acumulada en la falla tectónica. Pero le insisto en que serán de magnitud menor, de sismicidad moderada. Afirmar lo contrario sería aventurarse demasiado.

—Ya, pero Twitter dice eso.

El perito se limitó a encogerse de hombros. Quizá no sería buena idea repetir desayuno en el Momo. El tal Chacón que le había atendido no paraba de hablar. Parecía un transistor.

—¿Va a visitar de nuevo a Valentina?

—No, creo que no.

—Bueno, si algún día se acerca a su casa, dígame que puedo llevarle comida, le puedo enviar el menú diario... Yo sé lo que se dice en el pueblo de ella, que si esto que si lo otro. La gente le tiene mucha envidia, que se lo digo yo. Pero a mí me da un poco de pena. Se quedó muy sola. En el pueblo se dice que ha perdido la cabeza. Pero ¿cómo se puede quedar una madre a la que le pasa algo así?

Daniel se despidió con un escueto «buenos días», y se quedó dándole vueltas a esa pregunta. Tan concentrado estaba en esa tarea, que no se dio cuenta de que la mujer que jugaba con su teléfono móvil había pagado apresuradamente su cuenta y ahora lo seguía, a pocos metros.